

Ser parte de la ruptura historiográfica, construir una nueva Historia de Ecuador

Enrique Ayala Mora

Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador/

El Colegio de América, sede Latinoamericana

Tiempos de América (TA)¹:

Empecemos por los datos biográficos e historiográficos del profesor Enrique Ayala Mora. Nació el 13 de noviembre de 1950 en Ibarra, Ecuador. Obtuvo su licenciatura y doctorado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y posteriormente completó sus estudios avanzados en historia en la Universidad de Oxford en 1982. Enrique Ayala es un destacado historiador, político y académico ecuatoriano, con una extensa trayectoria en la investigación histórica, su participación en el ámbito político y su labor como educador.

En el ámbito académico, es reconocido como uno de los historiadores más influyentes de Ecuador. Fue fundador y rector de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, donde impulsó la investigación sobre la historia ecuatoriana y latinoamericana. La Universidad Andina Simón Bolívar es una de las instituciones de educación superior más prestigiosas del país, que ha tenido una influencia significativa en el desarrollo de las ciencias sociales y humanidades. Como historiador, Ayala Mora, se ha especializado en la historia de Ecuador y América Latina, publicando numerosas obras sobre temas como el liberalismo, la independencia y los procesos políticos del siglo XIX y XX en la región. Entre sus libros más conocidos

¹ La entrevista fue realizada por Juan Vicente Sancho Ferrer, Centro de Investigaciones Históricas de América Latina de la Universidad Jaume I de Castellón. CIHAL/UJI, 11 de septiembre de 2024.

están *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana*, además de ser autor de una vasta obra historiográfica entre la que destacan la edición de *La Nueva Historia del Ecuador* y otros textos sobre figuras históricas clave como Gabriel García Moreno y José María Velasco Ibarra.

En cuanto a su carrera política, Enrique Ayala, ha sido un activo participante en el socialismo ecuatoriano. Militante del Partido Socialista fue elegido en varias ocasiones como diputado en el Congreso Nacional, representando las provincias de Imbabura y Pichincha en distintos períodos entre 1986 y 2007. Participó también en la asamblea constituyente de 1997-1998, contribuyendo a la redacción de la Constitución de 1998. Su labor política ha sido marcada por su oposición a gobiernos conservadores y su lucha por políticas sociales progresistas.

A lo largo de su vida, Ayala ha compaginado su carrera académica y política, destacándose por su enfoque crítico y su visión de un Ecuador más justo e igualitario.

Enrique Ayala (EA): Gracias, Juan Vicente, por tu entrevista, tu generosa presentación y el interés por conocer, sobre todo, la experiencia de un colega, que puede aportar eso, precisamente una serie de ideas, de planes y más adelante, de investigaciones revisadas que pueden aportar herramientas y reflexiones para que los nuevos historiadores se formen de mejor manera.

TA: A continuación, nos gustaría preguntarle, ¿cómo influyó su entorno familiar y educativo por su interés en la historia?

EA: Yo nací en una familia tradicional católica con una vieja trayectoria intelectual. Por lo tanto, viví desde muy niño en una biblioteca, cuando no había ni televisión ni nos dejaban oír la radio, porque era cuestión de mayores. Teníamos que dedicarnos a los juegos infantiles y a la lectura temprana de la biblioteca. Había un libro que estaba medio prohibido, que era el tomo IV de la historia del arzobispo Federico González Suárez, y yo me lo leí muy joven como un acto de travesura y de insurgencia. Ese tomo se refiere a las irregularidades del clero durante la colonia.

Me formé en esa familia y también tuve excelentes maestros de historia, a tal punto que cuando llegué a la universidad, tenía decidido que iba a estudiar historia. Esa fue mi opción, en esa época se llamaban ciencias sociales, porque también nos preparábamos para maestros y se estudiaba historia, geografía... las ciencias sociales de entonces. Pero siempre tuve vocación por la historia a tal punto de que cuando me gradué de licenciado primero, luego de doctor, trabajé sobre temas históricos, y he venido haciéndolo desde 1972 por 52 años.

TA: Y ahondando un poco más en su propia biografía, nos gustaría preguntarle si el trasfondo velasquista familiar e incluso una doctrina social cristiana católica, considera que han influido en usted, en su ideología, en su cosmovisión.

EA: Lo primero no mucho, porque Velasco fue una figura del pasado, Pero he estudiado su pensamiento. Papá era amigo de Velasco Ibarra, pero somos de otra generación. Luchamos contra el velasquismo, nos metían presos en la dictadura velasquista. No había una represión tan fuerte, pero sí, una represión callejera. En cambio, de la doctrina social de la iglesia, sí, porque nos formamos en ella tradicionalmente y acompañamos a todas las transformaciones conciliares. Cuando yo era aún niño todavía, comenzó el Concilio Vaticano II, fui acompañando sus reformas, a tal punto de que cuando salimos del colegio y éramos muchachos inquietos, comprometidos con lo que luego se llamó la Teología de la Liberación. Yo terminé siendo muy amigo del obispo Rojo, ecuatoriano, monseñor Leónidas Proaño y de algunos de los sacerdotes que fueron la vanguardia de la Iglesia comprometida. Y en realidad fui de la primera generación de personas que fueron de una tradición católica al socialismo, sin pasar por el camino liberal. Nos hicimos socialistas porque éramos católicos comprometidos, y algunos continuamos así.

Nos decían que no se puede ser socialista y católico al mismo tiempo, y la respuesta es: “como estoy pudiendo”. En realidad, se puede hacer. El ejemplo de Ernesto Cardenal, del propio Leónidas Proaño, de Méndez Acedo, de Helder Cámara, se pueden mencionar muchos. Entonces, yo tuve mucha influencia de este movimiento durante mi juventud y desde luego esa experiencia ha quedado.

También muy tempranamente me afilié al Partido Socialista, a la juventud socialista, en el año 72. Y entonces, también ahí tengo una vieja trayectoria, que ha sido realmente muy satisfactorio para mí, porque he tenido muy hermosas experiencias de militancia, sobre todo las más antiguas y luego también la posibilidad de ser delegado provincial y luego nacional en el PSE. Es por ello que hemos contribuido a lo que el Ecuador terminó siendo en el siglo XXI, para bien o para mal. Y entonces, pues, mi experiencia política ha sido paralela a mi vida académica. No es muy común, ya que alguna gente que se dedica a la vida académica abandona la acción política y, en otros casos, quienes se dedican a la acción política, ya no escriben, ya no investigan.

Pero en mi caso me he dado modos, sobre todo gracias al apoyo de mi familia y de mi mujer, Magdalena, sobre todo, que ha sido muy comprensiva en esto. Me he dedicado a ambas cosas. He sido legislador, dirigente político y también académico. Últimamente, claro, en los últimos años ya estoy dedicado, básicamente, al tema académico. La militancia política continúa, pero ya no ocupo cargos de dirección ni he aceptado ninguna función de candidato. Lo que sí sigo activamente son los cursos que damos de formación a jóvenes socialistas, pero sobre todo a dirigentes de las organizaciones sociales, campesinas y obreras, a las cuales el partido está vinculado.

TA: Centrándonos en el foco de su trayectoria académica, hay un detalle en su biografía que nos parece muy interesante, que es cómo usted se forma en la Universidad Católica, pero tras sus primeros pasos como profesor termina en Oxford. En este sentido ¿cómo fue ese cambio y qué aprendió allí en Oxford, que quizá no conocía de antemano respecto a América Latina?

EA: Bueno, cuando nosotros participamos como estudiantes de la Universidad Católica, éramos miembros de grupos de cristianos de izquierda, que se comprometieron con la reforma de la universidad. Había un grupo de profesores jesuitas muy progresistas que se hicieron cargo de la dirección de la Universidad y la llevaron hacia un derrotero de compromiso con la realidad nacional. Hernán Malo, un gran filósofo que fue mi amigo y maestro, hablaba de ecuatorianizar la universidad. En ese proceso nosotros participamos y comenzamos a sugerir una serie de elementos de reforma en medio de nuestra formación académica. Yo apenas me había graduado de licenciado y ya tuve la posibilidad de ser docente de la universidad, porque no había profesores en la *antigua* o en la *vieja guardia* que dieran nuevos temas. Fui profesor muy temprano en la universidad, y precisamente fui profesor de historia política, una nueva visión de historia política. Eso comenzó muy tempranamente en el año 73. Entonces, yo ya era profesor de la universidad, y había obtenido también el doctorado en ciencias de la educación, que era el que entonces había en la universidad. Había estudiado unos años de derecho, sin graduarme. Con ese bagaje inicié la cátedra, incluso escribí un libro, que ha tenido cinco ediciones sobre la fundación de los partidos políticos en Ecuador. En eso hubo un concurso de becas para profesores, que promovió la Fundación Ford, y uno podía escoger universidades norteamericanas o británicas. Y yo escogí la Universidad de Essex que me recibió para el máster.

Ahí conocí a Alan Knight, con quien nos hemos visto ahora en el Congreso Mundial Latinoamericano de Ciencias Históricas de Castellón. Alan fue mi *actin supervisor*, porque mi supervisor titular tuvo que ausentarse y Alan, que era un joven docente entonces, no tenía título de *professor* todavía, él llegó a Oxford a ser *professor*. Ahí lo conocí. Ambos hemos hecho una carrera muy paralela, porque él es un poco mayor que yo, nada más tiene, cinco años más que yo. Entonces, pues, estando yo de alumno en la Universidad de Essex, mi supervisor, Simon Collier, me aconsejó que fuera a conversar con un profesor de Oxford que se llamaba Malcolm Deas, que era especialista en la región Andina, especialmente en Colombia, y que tenía mucho interés en la figura de don Eloy Alfaro, el líder revolucionario ecuatoriano. Yo había resuelto hacer la tesis sobre la revolución liberal ecuatoriana. Entonces fui y Malcolm se entusiasmó mucho con trabajar conmigo y me convenció de cambiarme de universidad. Terminé la maestría en Essex y logré que me recibieran en la Universidad de Oxford, con la recomendación de Malcolm.

Ahí estuve tres años, preparé la tesis sobre la revolución liberal, trabajé con Malcolm Deas, y desde luego, esa fue una experiencia irreversible en mi vida. Primero, porque viniendo de Ecuador, un país pequeño, subdesarrollado en las ciencias sociales, e ir a un centro tan importante, me dio una visión más amplia del mundo, me permitió conocer otras tendencias. Por ejemplo, conocí a profesores de la escuela conservadora, el propio Malcolm Deas, pero tuve la oportunidad de contactar con los miembros de *The Past and Present*. Ahí conocí a Christopher Hill, a E. P. Thompson, y sobre todo, a Eric Hobsbawm, de quien terminé siendo buen amigo. La estancia en Inglaterra me abrió un mundo, y creo que es el momento de mi vida que más marcó mi profesión, mi orientación, incluso política.

Aquí te voy a contar una anécdota, como joven socialista en Quito, nos aconsejaron que leyera el libro de Martha Harnecker, que era un una especie de catecismo marxista. Teníamos que tratar de entender a Poulantzas y a Althusser. Y yo no los entendía. Me parecían muy abstractos, muy difíciles de entender. Y claro, vivía acomplejado, porque otros compañeros míos manejaban estas categorías con una facilidad enorme y yo no era muy apto para eso. Hasta que me topé con el libro *Miseria de la Teoría* de Thompson, un gran historiador inglés marxista comprometido. Y claro, él me sacó la venda de los ojos. Pensé: «¡Mándate para el carajo a estos estructuralistas franceses! que no te aportan nada». Les perdí el respeto a Poulantzas y Althusser, y comencé a pensar como un marxista mucho más libremente. Ese libro para mí fue fundamental. Y claro, cuando conocí a Thompson, me acerqué y le dije: «profesor, usted me salvó la vida». Le conté y me dijo: «fíjate que no eres la primera persona que me ha mencionado que mi libro le abrió muchos espacios, que le abrió la cabeza». Perdí los complejos precisamente en Inglaterra, y regresé a América Latina ya con una posición muy madura de una historia crítica con un marxismo muy flexible, que no es un dogma. Obviamente fui militantemente antiestalinista, como muchos intelectuales, con influencias muy fuertes de un autor tan importante como José Carlos Mariátegui y la influencia de Gramsci. Esos fueron autores que influyeron en mi formación.

Y apenas llegué a Quito fui profesor en la Universidad Católica, donde había sido originalmente y en FLACSO, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Ahí organicé el primer posgrado de historia andina que se hizo y tuve un privilegio enorme, ya que como era el primero que había, logré reclutar a una planta de profesores irreplicable en la historia del mundo: John Murra, Carlos Sempat Assadourian, Magnus Mörner, Germán Carrera Damas, Germán Colmenares, Heraclio Bonilla. Eran ocho o diez personalidades de primera magnitud que tuvimos la oportunidad de convocar a Quito. Estuve cinco semanas con Murra, ahí conocí a Josep Fontana, vino trabajar con nosotros. Y claro, eso cambió la vida de mucha gente, porque tuvimos una brillante formación en una generación, pero también para mí, que me la

pasé conversando con todas estas personas. Al mismo tiempo me encargaron preparar y coordinar la *Nueva Historia del Ecuador*, una nueva versión de la historia ecuatoriana que salió en una época que se hacían las nuevas historias en los países. Trabajé desde 1982 hasta 1989 en la preparación de la nueva historia. Obviamente era y es una tarea colectiva.

Escribí cinco artículos de ochenta y dos. A veces la gente dice: «yo he leído su libro», pero se ve que no lo han leído, porque yo personalmente escribí solo una parte, lo que hice es coordinar. El trabajo editorial es muy pesado, pero muy gratificante. Eso me colocó en una posición más bien visible como historiador ecuatoriano, y permitió también participar en la elaboración, como delegado del Ecuador, en la Historia General de América Latina de la UNESCO. Fui parte del comité editorial desde la primera hasta la última reunión. Conversando con un distinguido colega, con Mariano Schlez, que está haciendo un trabajo sobre eso, me decía: «tú eres invaluable, porque ya se han muerto la mayoría de ellos. Tú tienes en la memoria algo que no se ha hecho, que es reconstruir cómo se hizo la historia democrática».

Y también tuve el privilegio de escribir para *Cambridge History Latinamerica* que editó Leslie Bethell. Leslie estaba en Oxford y entonces yo compartía las comidas y a veces la charla de la tarde. Conversábamos mucho sobre la historia, de manera que he tenido el privilegio de estar en los dos grandes esfuerzos de historia de América Latina que se han hecho y que hasta ahora son libros de consulta. A estas alturas ya son clásicos, ya no son nuevas historias, ya son parte de la historia de hace unos treinta o cuarenta años.

En Ecuador, después de esta de esta experiencia de FLACSO, fui diputado por primera vez. Fui electo diputado siendo muy joven. No esperaba que lo fuera. Fuimos a mi provincia y me nombraron candidato para que se lanzara una lista y terminé ganando las elecciones: Me comprometí con el trabajo del legislador u estuve un tiempo muy dedicado a eso. Pero al mismo tiempo, en el curul, corregía las pruebas de la Nueva Historia. Cumplí las dos tareas. Apenas dejé de ser legislador en los años noventa me encargaron desde la Comunidad Andina que organizara la Universidad Andina, y entonces la organicé en Quito. Entre que me había formado en ciertas experiencias administrativas y había hecho buenas conexiones políticas, logré hacer marchar a la universidad, que la dirigí durante algunos años, no solo en Quito, sino también la dirigí un tiempo como rector en Bolivia. Luego volví a Quito.

Hace ocho años dejé el rectorado de la universidad, me jubilé, y ahora soy profesor contratado de la universidad. Me eligieron miembro del Consejo Superior, pero la responsabilidad directa y administrativa ya no la tengo, salvo El Colegio de América, que lo establecimos junto con Juan Marchena y Justo Cuño, como un correlato del Colegio de América, que funciona en Sevilla. Entonces, a eso estoy dedicado.

TA: Un tema que nos parece interesante tratar en esta entrevista es abordar sus líneas de investigación, las cuales han sido aquellas que le han llevado a ser conocido más allá de las fronteras de Ecuador, como pueden ser la revolución liberal, el nacionalismo, los propios partidos, etcétera. Y poniendo el foco y la atención en esa gran línea de investigación, que es la reforma liberal ecuatoriana, la identidad nacional de Ecuador, entre otras, quisiera preguntarle cómo fue que usted se centró en ello, dentro del amplio abanico que puede ser el estudio histórico ¿Qué es aquello que le llamó tanto la atención de la Revolución Liberal Ecuatoriana?

EA: Bueno, en primer lugar, porque la cátedra que me encargaron era lo que entonces se llamaba Formación Socioeconómica del Ecuador, que es una historia social y política del país. Entonces preparé ese curso y comencé a escribir y a investigar sobre eso. Aclaremos que en ese entonces todavía predominaba una visión tradicional de la historia. Nosotros fuimos la primera generación que hizo una ruptura con la historia tradicional, por eso nos determinamos “nueva historia”, como movimiento. El producto de ese movimiento fue la *Nueva Historia del Ecuador*, pero la tendencia ya existía y a ella pertenecieron distinguidos colegas que colaboraron conmigo... casi todos ya han muerto. Yo soy de los pocos que vive. Era también el menor. Yo tengo setenta y tres años, algunos de ellos ya pasaron de los ochenta y ya no están. Entonces fue una mezcla de la necesidad de llenar los requerimientos de la cátedra, por una parte, y por otra parte de llenar los vacíos que tenía la investigación ecuatoriana. Yo había hecho una investigación sobre el origen de los partidos políticos en el siglo XIX, y lo que tocaba era lo que seguía la revolución liberal. Y opté por hacer sobre la revolución liberal mi tesis. La revolución liberal es la mayor transformación que el Ecuador ha tenido en toda su historia. Había una ventaja de tipo material que yo tenía, como fue recoger mucha información debido a la investigación anterior, la cual se iba a prolongar hasta 1925, pero alcancé a llegar solo hasta el 1995. Entonces, cuando fui a hacer la tesis tenía una enorme cantidad de información ya lista y procesada, lo que me permitió terminarla en tres años. De esta forma, me gradué muy rápido. Eso no se debe a ninguna genialidad, porque los historiadores no somos genios. Somos artesanos muy dedicados y con mucha base de información.

Esa fue la clave. Yo ya tenía mucha información y por eso terminé haciendo trabajos sobre la revolución liberal. Y me volví un experto. Y en cuanto al estudio, contra todas mis convicciones de que creo que la historia la hacen los pueblos, los actores colectivos, etcétera, a veces he tenido peticiones de explicar el pensamiento de Alfaro, la acción de Velasco Ibarra. He tenido que hacer ese tipo de trabajos y los he hecho con mucho gusto.

En el ámbito académico tengo cierto conocimiento, cierta relación con la gente de fuera del país en la historia de América Latina, en la historia de América Andina, en tantas reuniones que hemos estado. En ellas conocí a Manuel Chust hace muchos años, por ejemplo. Antes de

llegar aquí al sitio que me estás entrevistando, comentaste que Manuel tiene una red de relaciones privilegiada. Esa red se cruzó siempre con las nuestras por lo que desde entonces con él me estoy viendo ya desde hace muchos años, y por eso trabajamos y estamos terminando un libro en conjunto, lo editamos en conjunto.

Eso se debe a que hemos hecho un esfuerzo sistemático por internacionalizar nuestro trabajo. Por eso me encontrarás conversando con gente de otros países con los cuales llevo veinte y treinta años trabajando juntos. En el Ecuador yo soy conocido por ser un divulgador. No es que la gente respete mucho los trabajos especializados, porque casi no los conocen. Lo que sí me conocen es como autor de libros de divulgación. Hay un resumen pequeño de historia del Ecuador que tiene ochenta mil ejemplares vendidos desde 1993. Es por ello que mucha gente en el supermercado, porque el libro sale con una fotito mía en la parte de atrás, los muchachos del colegio me señalan. A veces será para mandarme a la madre porque no entendieron mi libro o perdieron el año en Historia, pero la mayoría son personas que más bien me reconocen y dicen que han hecho los deberes con mi libro. Las tareas de clase y las tareas de casa.

A eso hay sumar que la *Nueva Historia*, un libro de consulta muy frecuente en Ecuador, tiene tres ediciones, con veinte, treinta mil ejemplares. Entonces ya podrás imaginarte que eso se ha divulgado mucho. Tengo un manual de *Historia del Ecuador* que fue publicado hace diez años en colores y con ilustraciones en dos tomos. Es también un libro que ha tenido muy amplia divulgación. A mí me conocen porque están mis libros de historia disponibles en el sistema educativo. Y, además, porque los periodistas buscan siempre personas que le pueden explicar al público común y corriente cosas difíciles. Y yo me esmero siempre por ser sencillo en las explicaciones. Hay otros historiadores, otras personas, con todo respeto lo digo, que lo que tratan es demostrar que son muy inteligentes y te la hablan bien difícil. Y entonces no se los vuelve a entrevistar, porque el público no les entiende. En mi caso, yo he tenido esta esta preocupación de divulgar y por eso me conocen. Creo yo que esa es una diferencia entre el historiador Enrique Ayala y otros colegas, cuyos méritos son muy grandes y cuyos aportes son significativas a la historiografía, pero no tienen esta experiencia.

La adjudicación de los textos escolares fue por concurso. No se supo quienes habíamos escrito los textos. Los que yo redacté para el sistema educativo ecuatoriano ganaron un concurso. Había que renunciar a los derechos, no fue un negocio para mí, aunque salían millones cada año. De cada tomo, de los cinco niveles, ciento treinta mil se imprimían. Podrás imaginarte la gran divulgación. Alguna vez que me entrevistaron en la BBC, una persona me dijo: «usted es el autor latinoamericano que más ha vendido». Le dije: «posiblemente», pero es un sí y no, porque he vendido no en la librería, sino a través del sistema, porque el libro se

donaba. El gobierno lo imprimía y lo donaba a los alumnos. Entonces, claro, podemos decir que es el que más se ha divulgado, porque sí es un hecho importante el que hayamos logrado en Ecuador, incidir en el currículo. Cosa que no ha pasado con los historiadores de otros países más grandes. En un país más pequeño, con un ministerio con menos técnicos, con menos recursos y estos tuvieron que acudir al sector universitario y ahí estuvimos nosotros.

A eso se debe básicamente a la influencia que creo que tengo. Por lo demás no es personal ni individual, sino es el grupo que hemos formado en la universidad, y que representa la continuidad en la *Nueva Historia*, y que se expresa en una revista que publicamos desde 1991 que se llama *Procesos*. Está en el número 58 y la publican la Universidad Andina y la Corporación Editora Nacional. Ya me tocará retirarme, porque tendré que dar paso a las nuevas personas, pero por ahora todavía la dirijo. Ha tenido mucha influencia en los maestros ecuatorianos y del extranjero, en las personas que publican de otros países, dado que la revista está abierta a colegas. En los últimos números hay un sueco, un chileno y algunos de los países andinos. Todo esto ha hecho que tengamos una influencia importante. Y no es solamente, digamos entre comillas, “prestigio académico”, también es un esfuerzo de divulgación, que a veces hay colegas que no lo aprecian, que no tienen vocación para eso. Claro, yo no yo no comparto ese punto de vista. En resumen, he dedicado mucho tiempo a la divulgación. Y ello ha sido importante porque hemos logrado influir en cómo se concibe la historia del país. Más que otros historiadores que han hecho su trabajo en los claustros universitarios.

TA: Cuando hablamos de revolución liberal, muchas personas, en su imaginario colectivo, suelen pensar en cambios drásticos. Nos gustaría preguntarle como experto si observa que existieron esos cambios drásticos, pero también continuidades. Y si es así ¿Qué clase de continuidades podríamos encontrar?

EA: Bueno, en todas las revoluciones del mundo hay continuidades y rupturas. Las rupturas se notan más o son más visibles, pero las continuidades están ahí. La revolución liberal ecuatoriana fue muy tardía. Mientras en otros países el liberalismo fue ganando espacio desde los años 40-50 del siglo XIX. En Colombia triunfó en los años cincuenta. En Venezuela, triunfó irreversiblemente en los años 60-70 también del siglo XIX. En Ecuador, el régimen conservador se mantuvo en un plazo de tiempo muy largo y fue entonces cuando vino la revolución liberal en el año 1895. Fue una revolución muy violenta con mucho enfrentamiento, una guerra civil que duró 12 años intermitentemente. Y que realizó cambios muy profundos en el país. El más profundo de todos fue secularizar el Estado, suprimir la iglesia oficial y crear instituciones laicas para la educación, el registro civil. Ecuador es uno de los países más tempranos del mundo que adoptó el divorcio en 1902. Al mismo tiempo que se estableció el matrimonio civil, también se estableció el divorcio. Esto fue inaudito porque en Chile, por

ejemplo, el divorcio apenas se logró hace muy pocos años y en Colombia igual. Entonces, los cambios fueron muy drásticos, no solamente en el campo de la lucha contra la Iglesia. Esta fue muy golpeada por la revolución liberal en algunos aspectos que tiene que ver con la cultura.

Coincidió la revolución liberal con la llegada de la luz eléctrica, de los automóviles, del telégrafo, del teléfono y de los cines. Entonces, fue un cambio muy fuerte en la cultura, se polarizó del país. Además, en medio de un auge económico de integración del vapor. Fue una revolución que independizó al Estado de la Iglesia, pero en medio de esa revolución el país se volvió cada vez más dependiente del sistema mundial. O sea, económicamente, la revolución no fue tal. Fue una revolución que terminó mucho más funcional al capitalismo internacional que lo que el Ecuador había sido antes.

Claro, hubo muchas culturas que se pueden ver, pero hubo también continuidades. La revolución liberal no logró desestructurar el gran latifundio en el Ecuador. Eso se mantuvo, y eso se mantuvo por varias décadas hasta que recién en los años sesenta, comenzó un proceso rápido de modernización de largo plazo y de liberación de la fuerza de trabajo que estaba viviendo bajo relaciones serviles, sobre todo en la sierra ecuatoriana. Es decir, eso fue lo que la revolución liberal no hizo. Es decir, una reforma agraria, como sucedió en México en su momento desde 1910, o como sucedió en Bolivia, en 1952. En Ecuador no hubo ese proceso. La revolución fue muy moderada y conservadora, la reforma agraria se produjo después. Y, digamos, eso es lo que el Estado laico no logró hacer, y en algunos casos ni intentó hacer. Tampoco el Estado laico logró un cambio en ciertas matrices culturales, por ejemplo, la Historia sigue en manos de los ideólogos conservadores. Los liberales no tuvieron una historia liberal desarrollada, entre otras cosas, porque la oligarquía liberal tenía miedo de sus propios intelectuales. Entonces, ahí encontramos una de cal y una de arena. La revolución liberal ecuatoriana fue muy radical en algunos aspectos y en otros fue de continuidades. Eso se puede decir de esa y de otras transformaciones del continente, hemos hecho algunos esfuerzos comparativos, y en realidad, pues, el resultado es ese: que en realidad todas las revoluciones terminan de alguna manera manteniendo en bastantes aspectos el statu quo, y hay que ver en qué cambia y en qué no, y la medida de cuán revolucionaria es dilucidar cuánto realmente cambió el país después de ese proceso.

TA: Muy interesante que haya utilizado el término “esfuerzo comparativo”, porque nosotros, los alumnos, desde la intención de comprender la historia en un largo término, solemos comparar diferentes revoluciones o diferentes continuidades y cómo las consecuencias de una pueden explicar las causas de otra dentro de una observación diacrónica, de lo que vendría a ser la historia. Nos gustaría preguntarle si considera que hay factores singulares en la revolución de independencia, que terminaron derivando en factores singulares de la revolución liberal.

EA²: Bueno, en primer lugar, estás dando por descontado un hecho que es muy importante y que ustedes jóvenes españoles tienen que darse cuenta! Y es que no es un hecho natural el que se produzca una historia comparativa. Son los diversos Maestros historiadores los autores de la historia comparativa en España, antes no era así. Que les suene el esfuerzo de comparar el Río de la Plata con Venezuela o el Virreinato de Nueva España con Perú, es un esfuerzo que se ha ido dando en las nuevas formas del entendimiento de la historia latinoamericana en España.

Lo comenzó Vicens Vives en su momento, pero ha sido un desarrollo en el cual tus maestros son ahora protagonistas. O sea, no es que esto viene dado ni que fue obligatorio, porque si vas a Argentina no encuentras la misma realidad. Ustedes tienen ese privilegio. Pueden ver realidades comparativas porque sus maestros hacen trabajos comparativos o al menos lo intentan. En nuestra formación de historiadores de América Latina suele ser muy provincial, muy parroquiana a veces: historia del Perú o historia de México o historia de Colombia.

En Chile, por ejemplo, Chile es un país muy cerrado. No hay muchas cosas comparativas, entonces quiero que quede claro esto, porque ustedes tienen ese privilegio de poder estudiar la historia latinoamericana desde lejos, pero comparativamente. Este esfuerzo lo hacemos no siempre con éxito desde América Latina. No siempre con éxito. Porque nuestros docentes están más entrenados en su metro cuadrado y no hacen todos estudios comparativos. Entonces tenemos menos opción de hacerlo. La Universidad Andina es una excepción porque fue creada como un centro internacional, como un espacio para la reflexión. Pero la Universidad Andina es una excepción, la norma no es esa. La norma es que la historia se sigue todavía circunscribiendo a límites nacionales en nuestros países y, a veces, mientras sea país más grande, mejor todavía. Porque los países chiquitos tenemos la conciencia de que no estamos hablando del continente, pero hay muchos mexicanos que creen que América Latina es México, y sus alrededores en el mejor de los casos. Entonces esa es una observación que me parece que es importante.

Ahora, respondiendo a tu pregunta: todos los cambios son inacabados, si es que hablas de que la revolución de independencia nos trajo democracia, sí, una dosis de democracia, sí, porque la propia concepción del Estado se volvió democrática, porque el soberano ya no era Su Majestad Fernando VII, sino el pueblo. Pero claro, con las limitaciones de un estado oligárquico, o sea, que democracia, pero no tanto.

Las revoluciones liberales de todo el continente avanzaron en la democracia, secularizaron el estado, hicieron avanzar los conceptos democráticos, pero casi todas las revoluciones liberales y la mexicana que fue medio-liberal, y algo más también, se enfrentaron a la Iglesia.

2 Nota del entrevistador. El profesor Enrique Ayala deja, por vez primera en esta entrevista, de hacer papiroflexia y comienza a gesticular vehementemente.

Y la Iglesia católica es una expresión de la conciencia de los latinoamericanos, es parte de su identidad, este desgarramiento que a veces significaba el golpear a la Iglesia, reprimir al clero, trajo situaciones de conflicto interno en nuestros países, que terminaron en guerras como los cristeros, o enfrentamientos eternos como el que hubo en Ecuador hasta los años 60 del siglo pasado. Sesenta años de enfrentamiento entre liberales y conservadores, al principio dándose bala y luego dándose de garrotazos y de enfrentamientos por los conceptos de democracia, por los conceptos de libertad, etcétera. Por lo tanto, digamos que las revoluciones liberales en algunos aspectos fueron la continuidad de las tesis independentistas. Y en otros aspectos, fueron también una ruptura, porque las guerras de independencia, se dieron en un momento dado cuando en el mundo no había imperialismo, cuando comenzaba el imperialismo. La mayoría de las revoluciones liberales se dieron ya cuando había un imperialismo en el mundo. Cuando las formas de desarrollo del capitalismo estaban más avanzadas. Y claro, sus características fueron distintas. Ponte a pensar, por ejemplo, cómo el volumen de inversión que tenían los ingleses, en bancos, en minas y, sobre todo, en ferrocarriles, en Brasil o en Argentina, era evidente que la influencia británica no era solo ideológica. Fue también una influencia real en el manejo de la economía, y en ese sentido, pues, el liberalismo trajo algunas ideas de libertad hasta para los esclavos, en el caso de Brasil la esclavitud se abolió en 1888. Fue el último país que abolió la esclavitud. Entonces, la idea de libertad se fue configurando como tal. ¿Cómo? Con la liberación de la fuerza de trabajo hasta cierto punto, pero al mismo tiempo dejaron pendientes la justicia social, los temas de que los derechos no son solamente a tener voto, libertad de opinión, sino también tener una vida digna, tener un salario adecuado, tener derecho a la huelga, etcétera. Pero eso vino después.

Lo que vas a encontrar son hitos en la historia latinoamericana que algunas veces coinciden entre países, y otras veces no, los cuales precisamente van marcando el avance histórico de los pueblos, pero ese avance también tiene retrocesos, porque la dialéctica es esa, siempre es una de cal y una de arena. Ahora decimos, ¿estamos mejor que hace cien años? Sí, pero hay más pobres que hace cien años. Y los jóvenes tienen menos chance ahora que hace cien años en América Latina en general. Entonces decimos, sí hemos avanzado, hemos crecido económicamente, pero el crecimiento económico no siempre es desarrollo y hay problemas crónicos de pobreza, de desigualdad, de machismo, de racismo que están ahí.

TA: Avanzando un poco dentro de este mundo de las ideas, quizá desde la política en la que usted también ha participado activamente, ¿consideraría interesante preguntar cómo ha digerido la izquierda el concepto de nacionalismo dentro de América Latina y, más concretamente, en Ecuador?

EA: Bueno, ese es un trabajo que he hecho con cierta proyección al continente. Conozco relativamente bien las experiencias nacionales de varios países. Sobre todo, los países andinos, de

manera que te doy razón con más conocimiento de investigador. Y es que mientras las tradiciones conservadoras y, en algunos casos, también las liberales, enfatizaron en la nación y en la patria los valores identitarios de los países, la izquierda surgió como una negación de esos valores contruidos desde arriba porque planteó que las naciones no son producto de los pueblos. Las naciones son inventos de las élites para integrar a las masas en un proyecto. Entonces, las naciones tienen un sentir instrumental para para dirigir a las masas, está clarísimo.

Lo que pasa, sin embargo, es que en un momento dado la gente se internacionaliza, se apropia de la nación, la vuelve su patria, y en ese momento la nación ya no es solamente un instrumento para homogeneizar voluntades alrededor de un proyecto, sino también es un instrumento para defender lo nacional. Entonces, ese es un hecho de la realidad. Entonces, ¿qué resulta en los países latinoamericanos? Que por un lado ha ido avanzando el Estado nacional, ha ido reivindicando primero la quita de privilegios coloniales a la Iglesia como eran el registro civil, el matrimonio, el acceso a cierta propiedad, en fin, el control de las ideas, de la prensa -como la censura-, la abolición de los fueros eclesiásticos privilegiados, etcétera. Todo eso fueron avances que se dieron en el continente latinoamericano, cuando fueron afirmándose los Estados nacionales. Yo sostengo la tesis, contra lo que sostienen algunos otros colegas que dicen que no hay proyectos nacionales en América Latina, que en América Latina aún no hay nación, porque el pueblo no está ahí. Bueno en América Latina hay naciones viejas, hay naciones que surgen a principios del siglo diecinueve, que 1850 ya estaban formadas, antes que Italia y Alemania. Entonces esas naciones, claro, eran excluyentes, desde luego. Eran machistas también. Eran naciones en los cuales votaban solo los que tenían plata, también es verdad. Pero eran proyectos nacionales, al fin y al cabo. No eran otras cosas, no podían serlo. Entonces, esas patrias a la larga sí convocaban sectores sociales subalternos. Posiblemente no a las masas indígenas ni a los esclavos, pero sí al sector de pequeños comerciantes, de pobladores urbanos, a la plebe urbana. Ellos sentían la patria, a veces mucho más que las oligarquías. Y entonces, toda esa realidad que se da en el continente nos hace pensar que los Estados nacionales de América Latina además de ser viejos están desarrollados y tienen proyectos nacionales que ya llevan años en esto. Ahora, como son estados en medio de realidades de dependencia, de enormes desigualdades sociales, no son estados en donde el consenso de lo nacional no es tan fuerte como en Suecia, por ejemplo, o en Dinamarca. Pero eso no quiere decir que no vivan las naciones allí sus contradicciones. Y entonces, ahora lo que ahora nos toca plantearnos, es decir, bueno, ¿y estas naciones a dónde van? Siguen en construcción.

Ahora, cuando ha habido una irrupción de los indígenas en los escenarios de las naciones, reclamando derechos, reclamando una presencia histórica, que la han tenido desde siempre, no ha sido reconocida. Las regiones, que también tienen mucho peso y fuerza, es otro elemento

fundamental. Y frente a ello: dos realidades del mundo real, por un lado, la internacionalización de la economía, las empresas ya no son nacionales. La cervecera colombiana, que es una bandera de Colombia, ya no es colombiana. Se le había comprado a la cervecera ecuatoriana, que era también un símbolo y ahora las dos pertenecen a un conglomerado mundial que ya no sé si lo saben ni siquiera está asentado nacionalmente. Es claro que el capital se ha ido internacionalizado, de tal manera que las multinacionales son cada vez más fuertes frente a los estados nacionales. Y esto es un dato de la realidad, con una circunstancia de que algunas de esas internacionales son mafias y narcotraficantes, que también tienen una incidencia muchísimo mayor que las que tenían hace treinta años. En todo el continente, y por desgracia en México y Ecuador, muchísimo. Esa es una realidad. Y la otra gran realidad es la integración, es decir, los pueblos quieren integrarse y paulatinamente, poco a poco, no a la velocidad que Europa ha sucedido. Van aceptando ceder a los espacios de integración, competencias y atribuciones que tenía el Estado.

El Estado nacional en ese sentido no es absolutamente soberano, porque tiene compromisos sobre aduanas, comercio, en algunos casos incluso sobre reconocimientos de títulos, en fin, en todo lo que en la escena de la integración va a deberse. Y en eso, claro, hay dos procesos que tienen relativo éxito en América Latina: la Integración Centroamericana y el Pacto Andino. Las otras han tenido menos de éxito. Mercosur ciertamente bastante menos. Y desde luego, este gran esfuerzo que fue Unasur, el intento de unir a todos los países de Sudamérica en un proyecto de integraciones es un fracaso rotundo. Hasta tal punto de que ya incluso desapareció el mismo organismo que se creó para promover la integración latinoamericana.

Te voy a decir sobre esto una cosa que es importante: A veces se culpa a los gobiernos así llamados del socialismo del siglo XXI de esto, y tienen una responsabilidad grave en esto. El propio Chávez que dejó destripando la integración latinoamericana y la integración sudamericana y el Mercosur, el pacto Andino ¡Chávez fue una plaga!, dicen. Pero también lo fueron Fujimori, que acaba de morir hoy mismo, y también Uribe, o sea, los presidentes de derecha también han desmantelado la integración. Dicho de otra manera, ya no ha habido, que yo conozca, un Jefe de Estado, desde la época de los años 70 y 80 en toda América Latina que haya impulsado con fuerza la integración. Incluso el propio Lula, de quien esperábamos que fuera mucho más firme en su voluntad integradora, no lo ha sido. Entonces esto es un pecado colectivo, no se puede decir que solo Chávez o solo Uribe, yo creo que hay una falta de voluntad política de los países y de los gobernantes de promover la integración, pero aun así la integración está ahí, y funciona, limitadamente, pero funciona. Entonces, todo esto hace que el Estado nacional no esté desapareciendo, no es cierto que el Estado está desapareciendo. El Estado está transformándose.

Por ejemplo, el Estado luxemburgués comienza en el año 1953 en el primer proceso de integración europea, y todavía no se acaba. Luxemburgo sigue ahí, ya no tiene moneda nacional, ya no tiene un sistema de aduanas propio, ya no tiene ni siquiera control de fronteras, pero ahí está el Estado luxemburgués. Funciona y tiene sus atribuciones, entonces los Estados nacionales en el mundo, y también en América Latina, están cambiando. Y los historiadores tenemos que tener mucha, mucha atención a cómo se han desarrollado y cómo están cambiando los Estados nacionales. Porque lo que se viene es una nueva realidad, que no hemos visto y que no conocemos.

TA: ¿Qué amenazas identificaría en su nueva realidad?

EA: Bueno, he mencionado la más grave, el capital internacional y, sobre todo, el capital mafioso internacional, que tampoco reconoce fronteras. Y entonces ahí sí tienes un problema muy grave y esto no sabemos cómo enfrentarlo. Entre otras cosas por las actitudes ambivalentes de los países del primer mundo que dicen que controlan el tráfico de drogas. Pero ¿hasta dónde, sobre todo en Estados Unidos, el tráfico no está implicado en la propia política?, y hasta ¿dónde se tolera como inversionistas, por ejemplo, a conocidos traficantes que terminan refugiándose en Estados Unidos? Es decir, ahí hay una política dual, que no es tan sencilla tampoco, yo no creo que haya un plan del imperialismo para destruir nuestros países. Creo que el imperialismo es muy poroso, tiene una serie de huecos y de caminos que pueden irse cruzando y en ese sentido mi impresión es que las condiciones internacionales van a ser bastante más difíciles para los Estados nacionales en el futuro, pero no van a desaparecer. Entre otras cosas, porque el propio modelo neoliberal, este propio modelo de derecha extrema, impulsa desde su inconsciente la necesidad de un Estado fuerte. No un Estado fuerte en la economía, sino en la represión y el control. Entonces, claro, no se puede decir bueno vamos a integrarnos y vamos a disolver el Estado. Ni la derecha ni la izquierda quieren disolver el Estado en América Latina, ni creo que en Europa tampoco. Entonces lo que estamos viendo es un fenómeno en el cual la gente dice: ¿cómo aprovechamos mejor la integración, pero manteniendo los Estados como están? ¿Dónde vamos? No sé, eso ya no sé.

TA: Usted proviene de una tradición socialista, de igual manera, que el Estado puede estar transformándose, ¿la sociedad puede estar transformándose, la economía puede estar transformándose? ¿Considera que el socialismo debe transformarse en este siglo XXI? ¿Hacia dónde?

EA: Verás, creo que una de las características de los socialistas latinoamericanos era que no teníamos la idea muy clara del futuro felizmente. Los comunistas la tenían clarísima. Había que hacer una cosa parecida al Zar de todas las Rusias y, entonces, Stalin ya dio todas las recetas. Eso se cayó con la Unión Soviética, pero al principio, los socialistas, creímos que la

historia nos había dado la razón, que los comunistas estaban equivocados y nosotros teníamos la razón, pero resultó que nos cayó el Muro de Berlín a todos en la cabeza. O sea, también a quienes creíamos que la caída del estalinismo era un momento de renovación. En realidad, no fue. Entonces, yo creo que desde los años 90 del siglo anterior, el socialismo latinoamericano tiene desafíos muy grandes. Tiene referentes gloriosos claros, como Allende, como Fidel. Pero Allende y Fidel son personas del siglo pasado. Fidel vivió hasta este siglo, pero ya casi era una sombra. Yo creo que ese socialismo simplemente ya no es viable. ¿Qué hay que hacerse socialdemócratas? Yo no lo creo. Hace algún rato ya conversamos sobre esto y lo digo ahora aquí: en América Latina no hay espacio para una socialdemocracia como en Europa ¿Qué hay en América Latina? Bueno, hay atisbos de lo que el socialismo puede hacer.

Los gobiernos de Tabaré Vázquez y del Frente Amplio, por ejemplo. El Frente Amplio no es socialista, es una alianza de partidos de los cuales está el partido socialista y algunas otras organizaciones de izquierda, pero también está la democracia extrema. Y en Chile, pues, también las alianzas son compartidas dado que no todos son marxistas y, sin embargo, ha habido presidentes socialistas tan destacados como Lagos y Bachelet. Entonces, ¿qué tenemos por delante? Pues es el gran desafío de construir. Lo que Mella decía: «El socialismo es construcción heroica. Es invención heroica».

¿Cómo inventamos un socialismo para el siglo XXI que no sea la vergüenza que nos trajo Chaves, o esta caricatura que tiene instalada en Nicaragua el dictador nicaragüense? Al menos una cosa sí me queda clara: habernos librado de que como dicen que son socialistas tenemos que perdonarles; a gentes como Maduro u Ortega, esto es un paso adelante. Ahora hay muchos socialistas, comenzando por Lula, que ponen distancias de eso. Es decir, al menos hemos aprendido a valorar la democracia. Te cuento que yo tenía una idea muy pobre de la democracia burguesa cuando tenía tu edad. Decíamos: «¡No a la democracia burguesa y que viva a la democracia socialista!».

¿Sabes cuándo comencé a darme cuenta que estaba equivocado? Cuando llegaban los exiliados argentinos, chilenos y uruguayos, y nos contaban cómo eran esas dictaduras. Y, al fin y al cabo, cómo en medio de un marco constitucional, llamémoslo así, no lo llamemos democrático, se pueden defender derechos. Se puede al menos intentar sentenciar, castigar a los criminales, cosa que en las dictaduras no fue posible. Es decir, lo que una corriente del Partido Socialista, a los cuales nosotros llamábamos *amarillos*, y que eran nuestros adversarios, porque el partido estaba dividido, tenían razón. Había que hacer un gran esfuerzo por organizar a la clase obrera, por preparar condiciones revolucionarias, pero había que respetar la democracia.

Yo antes con menos fuerza, ahora con total y radical fuerza, no creo que puede haber socialismo con partido único. No puede haber un sistema mundial socialista con partido único. Eso quiere decir, por ejemplo, que Cuba va a tener que hacer muchos cambios para volverse un país democrático. Y eso es con todos los éxitos que hayan tenido en aspecto social, con lo que representa su lucha contra el imperialismo, su resistencia. Creo que Cuba está en un momento dado en el que tiene que responder por qué reprimen a personas en la calle que salen a pedir que haya más comida o que, simplemente, les dejen opinar. Eso no puede ser, no se puede decir: «son contrarrevolucionarios o borrachos», eso requiere una respuesta. Y creo que América tiene que interpelar a Cuba en eso: ¡Compañeros, ustedes le deben esto al continente!

Me parece que al menos lo que sí hemos logrado, es que en América Latina ya sepamos qué no es el socialismo. Los dogmas de antes se cayeron y ahora tenemos que construir sociedades, partidos socialistas, organizaciones, que vean las cosas desde otra perspectiva. Por ejemplo, todos considerábamos que la dialéctica nos llevaba a modificar la naturaleza para que triunfe el hombre. Ahora resulta que no podemos destruir la naturaleza para que triunfe el hombre. Y entre otras cosas, el hombre era el hombre varón, y ahora resulta que las mujeres, que son la mayoría de la humanidad, y la mayoría en la gran parte de los países del mundo, según tengo entendido aquí en España también, ahora ya no nos pueden hablar de los derechos del hombre, a tal punto que en su momento se llamó los Derechos Humanos.

Yo creo que ahí sí hay pistas de lo que podemos hacer, tenemos que hacer un socialismo que respete a la naturaleza ciertamente y que lo respete en forma radical, un socialismo que respete universidades. Sin ninguna duda. Todas las diversidades. La persecución a los homosexuales de Cuba fue una vergüenza que felizmente parece que se ha superado. Todo esto tiene que ir con una nueva síntesis que todavía no la vemos, que todavía no se la construye, porque los fracasos que hemos tenido con el así llamado socialismo del siglo XXI han sido tan sonoros que a mí me da vergüenza. A mí me da vergüenza de haber creído que eso pudo hacer una solución cuando llegamos a lo que hemos llegado. Al menos lo que tenemos es eso, insisto, es conciencia de que eso está mal, eso no es socialismo. Y tenemos fuerzas para decir: esos no son socialistas, ya sabemos quiénes son unos peronistas corruptos que no tienen nada que ver con el socialismo. Y lo mismo a Maduro y al *idiota ese peruano* que quiso dar un golpe de Estado...

TA: Castillo.

EA: Castillo, sí. Quiso dar un golpe de Estado pasándose por una radio difusora ¡con idiotas así no se hace socialismo! (Sonrisas).

TA: Nos acercamos hacia el final de nuestra conversación y queremos aprovechar su larga trayectoria en la que ha trabajado en esa intersección entre el ámbito académico de la historia y la política, para preguntarle directamente: ¿Qué cree usted que la historia todavía no ha logrado enseñar a los políticos ecuatorianos y latinoamericanos? y ¿Qué lecciones históricas considera cruciales para el futuro desarrollo democrático, económico y social de la región?

EA: La raza humana es el único conjunto de animales que tropieza tres veces en la misma piedra. De manera que creer que la Historia tiene un fin didáctico para los pueblos es ilusorio. Como máximo la Historia nos explica nuestros orígenes y nuestras raíces. Creer que además la Historia puede construir el futuro diciendo qué es lo que no hay que hacer, me parece una aspiración bastante ilusa. En ese sentido, no creo que la Historia sirva para que las personas no repitan errores.

Decir: «no conocer la Historia es obligarse a repetirla», igual la conocemos y la repetimos, de manera que no me parece que la Historia sea tan ambiciosa como una especie de pase para que el futuro sea mejor. La Historia puede contribuir a que el futuro sea mejor si nos entendemos mejor ahora, y ese es su papel. No es una agenda la Historia, no es un referente hacia el futuro. La Historia es bastante menos que eso. En ese sentido, podemos pedir una historia de lo que es: que tengamos la posibilidad de conocer nuestras raíces, de hurgar en nuestras identidades a través del análisis histórico y podamos comprometernos con valores que nos lleven al futuro. Y hasta ahí quedamos.

A Hobsbawm cuando en sus últimas intervenciones le preguntaron: «bueno y usted, ¿En qué cree que ha contribuido? Usted que ha sido el historiador más influyente del mundo». Y Hobsbawm dice: «bueno, yo lo que quiero es pasar a la Historia como un hombre que escribió unos libros y dio unas clases, en los cuales les hizo notar a las personas algunas cosas de la vida humana y del pasado. Eso es todo». Y creo que es bastante, pero mucho menos de lo que a veces los historiadores mismos nos decimos unos a otros; que somos casi o los jueces de los infiernos o los profetas del futuro. Ninguna de las dos cosas.

TA: Y por último ¿usted qué legado espera dejar en la academia y en la política?

EA: Verás, a estas alturas, es algo que ya he estado pensando, porque en algún momento dado voy a tener que concretar mi jubilación e irme a mi casa. Pero ahora eso, al menos en los próximos dos años, no va a pasar porque ya estoy comprometido con hacer el Congreso Mundial Latinoamericano de Ciencias Históricas en Quito y voy a coordinar con Manuel Chust para que, como acabas de ver que se resolvió, va a ser el presidente del comité, y organicemos adecuadamente en Quito el siguiente Congreso. O sea, no lo veo como una tarea de mañana, pero en algún momento dado, porque yo tengo 73 años y dado que tendré 75 en el

Congreso, después de ello es un buen momento para decir: voy a dejar tareas administrativas y me voy a dedicar un poco más a la vida de familia.

Eso me lleva a pensar, bueno, ¿qué hemos dejado? Yo en eso tengo un balance muy positivo, te quiero decir.

Yo creo que he ayudado a formar, muchas generaciones, no solo de historiadores profesionales, sino de maestros de historia. Y, por lo tanto, de alguna manera u otra he dejado una huella importante en la historia ecuatoriana. Además, he escrito mucho. Yo con solo mi nombre más de 30 libros. Más los que he editado, no todos ellos de primer nivel, algunos ya son absolutamente obsoletos, pero fueron útiles en un momento dado y ya solo están para que se vea en el currículum, pero ya no quiero reeditarlos tampoco. Otros sí, otros libros sí han sido útiles y los he estado reeditando y revisando, y algunos incluso sin revisarlos, porque son una especie de clásicos y se publican como están. Creo que he dejado un legado importante en el caso de la reflexión sobre la relación entre la historia y la política. Creo que he aportado mucho en una metodología de análisis que facilita a la gente entender la Historia desde la calle, desde la vida cotidiana. Entonces, las personas que oyen los podcasts de televisión que hacemos, las grabaciones que hacemos precisamente para consumo general, son un aporte.

Desde luego, claro, a estas alturas, yo creo que hice algún aporte para las historias generales de América Latina en su momento. Y espero que eso se vea también como la tarea conjunta. Cuando a mí se me hace una entrevista, siempre me acuerdo con quién hice esa historia. Todavía vive y él sí se jubiló, pero va a estar en el comité organizador del Congreso Mundial: Carlos Landázuri, por ejemplo. Con *Carlitos* comenzamos a estudiar historia el mismo año junto y hemos estado cincuenta y tantos años. Yo creo que 55 ó 56 años juntos trabajando. Y hasta ahora nos reunimos con mucha frecuencia. Con él formamos muchísima gente y de esa generación ya somos los dos supervivientes, pero sí creo que hay un legado en un aporte, en un estilo, en una serie de ideas básicas, en una serie de materiales, que también se han hecho para la enseñanza. Obviamente estos materiales de enseñanza después de cuatro o cinco años ya serán obsoletos, habrá que hacer otros. Y lo que dije en alguna intervención aquí en este Congreso cuando escribí la introducción de la *Nueva Historia del Ecuador*: «lo que aspiramos es que esta nueva historia se vuelva vieja». Y ya es vieja, la nueva historia ahora es un clásico. Entonces, creo que el principal legado que podemos dejar es el desafío para los que vienen de hacer la historia de su tiempo. La historia de su tiempo y de su identidad, que yo ya no la conozco. Yo solamente puedo verla y decir: «bueno, allá va la posta, ustedes llévenla por delante».

Por otro lado, como político, también creo que sí he dejado alguna huella, no solamente en la vida legislativa del Ecuador, sino también en la discusión política. Nosotros hemos introducido en la política los valores nacionales. Porque en esta especie de eclosión de diversidades, a veces nos olvidamos de la patria. A veces nos olvidamos de la patria grande de América Latina, a veces nos olvidamos de que somos parte de proyectos nacionales. Yo creo que le he dado un *campanazo* al país y a la región andina de la necesidad de volver sobre lo nacional. A mi juicio, de rechazar nuestras ideas plurinacionales, que son disolventes, y que no están en la mejor tradición de la izquierda ecuatoriana, ni de la izquierda latinoamericana. Entonces, todo eso creo que ha sido un aporte.

Quiero añadir algo que me parece importante, yo soy de Ibarra, una ciudad pequeña. Nunca me he olvidado de mi tierra, me casé con una ibarreña y he hecho mucha historia local y hoy mismo estos días estamos haciendo el museo de la ciudad de Ibarra. De manera que yo siento que también he hecho una pequeña contribución a la Historia de mi propia provincia, de la ciudad donde nací. Imagínate, qué satisfacción para mí, la casa donde yo nací es ahora un centro cultural. La gente entra y la secretaria del sitio dice: «Aquí en este puesto nació el doctor Enrique Ayala».

Siento que ya, al menos, soy un hito de mis propias raíces personales y familiares. Entonces, sí, creo que esto es un legado que está visible y que yo no tengo por qué juzgar. Tendré bastante gente que viene después para que juzgue y vea cuánto de lo que se ha hecho queda, cuánto sirve, cuánto realmente es parte de la historia y cuánto es parte de lo que el viento se llevó³.

TA: Damos por concluida esta entrevista, no sin antes decirle que somos muchos los que respetamos y admiramos a personas como usted, que han contribuido tanto a la Historia, sobre todo entre tantas naciones hermanas, que considero que deberíamos todavía hermanarnos mucho más.

Cuando yo tenía tu edad, fíjate, soy mayor que tú unos cincuenta años, consideraba que conocer a Leopoldo Zea, que conocer a Arturo Roig, a Enrique Dussel, sólo verlos, sólo entrevistarlos, sientes que acabas de morir.

Entonces, ahora lo siento y me siento muy honrado. Por cierto, hay personas que me ven a mí también como una especie de sobreviviente de esa continuidad histórica. Eso como historiador me da mucha satisfacción, porque es parte de la continuidad. Y espero que de la ruptura también ¡La madre! ¡Qué me saquen la madre de todo lo que no hemos hecho!

3 Nota del entrevistador: el profesor Enrique Ayala se muestra visiblemente emocionado.